

disponia, y que me hallaria pronto á seguirle, y hacer cuanto me mandara. Pues bien, me dijo el padre levantándose, encomendaos esta noche á Dios, llamad á María su madre, á San Joseph y á vuestro ángel de guarda; pedidles que asistan á este acto solemne en que vais á consagraros á Dios nuevamente, y que sean garantes de vuestras promesas. Y pensad que este es el dia mas importante de vuestra vida, pues vais á dar el primer paso que os pondrá en el camino que guia á la eterna felicidad. El padre se fue, y yo, Teodoro, quedé esperando este dia, y pidiendo á Dios lo llevase al término, pues habia tenido la misericordia de ponerme en el principio. A Dios, Teodoro, hasta mañana.

CARTA XX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: Antes que el padre viniese ya estaba yo esperándole para seguirle, pero muy desasosegado. Mi corazon palpitaba, como que me disponia á un acto grande y estraordinario, la inquietud no me dejaba parar, y me paseaba con pasos apresurados por el cuarto. Unas veces me parecia que no estaba bastante preparado para tan arduo empeño, otras que no le podria sostener, en fin me encontraba rodeado de incertidumbres y ansiedades; pero el padre vino, y la presencia de este hombre angelical me serenó; su aspecto religioso, y este caracter de santidad que estaba gravado en su fisonomía, excitó en mí un rápido recuerdo de todo lo que me habia dicho. Esto bastó para desterrar mis irresoluciones; esperimé un nuevo valor en el ánimo, y me dispuse á seguirle.

Me condujo por diferentes claustros hasta un punto en que bajamos una larga escalera. Cuando llegamos á lo profundo ví una grande sala rodeada de muchos sepulcros, en que, segun me dijo, reposaban sus hermanos. Este lugar no estaba alumbrado sino por una pequeña lámpara, cuya luz reverberaba sobre la imágen de un grande Crucifijo, colocado en un altar que se veia en el centro. La vista súbita de esta imágen, que por su naturaleza inspiraba pavor, me conmovió de tal suerte, que me estremecí. Yo no

sé si el padre lo conoció, porque me dijo, es nuestro Dios, pero Dios de amor y de misericordia.

Se puso de rodillas; yo le imité, y mientras él hacia oracion, mil pensamientos bajaban por mi espíritu, todos rápidos y confusos: era una mezcla de terror, asombro, religion y horror; todos se sucedian y se rechazaban. Yo queria hablar con Dios, yo hubiera deseado hacer actos religiosos; pero á pesar de mis esfuerzos conocia que me eran estrangeros, y era que, como mi alma no estaba acostumbrada, no le eran aun familiares.

Pero, haciendo reflexion de que ya sabia y estaba convencido de que Jesucristo era mi Dios, y que habia muerto por mi amor, esta idea me llenó de horror y de indisposicion contra mí mismo. Me pareció que mi perversidad era invencible, y levantando los ojos á él, le dije mas que con los labios con el corazon: ¡Socorro! ¡piedad! Las lágrimas me saltaron á los ojos, y, como si hubiera quedado fatigado de este esfuerzo, me senti como desfallecido, quedé en un silencio estúpido y en una entera suspension de mis facultades. No sé lo que esto duró; pero habiéndose levantado el padre, me hizo tambien levantar, y llevándome á un banco que estaba cerca, me dijo así:

Ya estamos, señor, en la Iglesia, y en la presencia de nuestro Dios. Él nos oye, y puede ser que todo el cielo observe lo que vamos á hacer. Su misericordia os ha conducido aquí, y os ha inspirado el deseo de volver á entrar en el seno de la religion.

La Iglesia, como hija de Dios, como esposa de Jesucristo, siempre penetrada de su espíritu, á ejemplo de su amante esposo, nada desea tanto como restituir á su rebaño las ovejas perdidas; pero me parece conveniente que yo, como su ministro, os explique antes lo que es la Iglesia y lo que los fieles la deben indispensablemente.

La Iglesia, señor, es un cuerpo místico. Todos los fieles son sus miembros, y Jesucristo, que la fundó con su divina sangre, es su cabeza. Jesucristo, cuando subió á los cielos, la confió todo su poder, asegurándola que cuanto ella desataria sobre la tierra, él lo desataria en el cielo. La prometió una proteccion indeficiente, diciéndola que estaria con ella hasta la consumacion de los siglos; la dejó toda su autoridad, declarando que no escucharla seria no escucharle á él mismo; la hizo su esposa querida, pues estan en su seno los escogidos que amó desde la eternidad, y la envió su Espíritu divino, para que fuese el óráculo y el intérprete de toda verdad. Solo con saber estos títulos podeis considerar los derechos que tiene sobre los hijos que recibe, y las obligaciones que nos impone como á Cristianos.

Desde el instante pues que por el bautismo entramos en su gremio, nos declaramos sus vasallos, y la debemos obedecer como á nuestra soberana. Somos sus hijos, y la debemos amar como á nuestra madre. Nos hacemos sus miembros, y debemos sostener y apoyar el cuerpo místico de Jesucristo, á que nos hemos agregado. Es nuestra soberana, porque Jesucristo la dejó

en su lugar, revistiéndola de todo su poder; es nuestra madre, porque, como dice San Agustín, nos ha reengendrado en Jesucristo, nos ha dado educación cristiana, y nos ha instruido y criado en la fe; y es el cuerpo místico de Jesucristo, pues la ha fundado haciéndose su cabeza.

Como soberana impone leyes, hace decretos, da sentencias, y nos gobierna dirigida por el Espíritu divino, conformándose con las máximas puras del evangelio; como madre nos tiene en su seno, nos da los socorros espirituales, nos ayuda en nuestras necesidades, y cuida de nosotros con la atención más afectuosa y más constante; como cuerpo místico de Jesucristo nos une con este jefe adorable, á quien sirve de canal para que derrame sobre nosotros los divinos influjos de su gracia. Nos comunica todos los méritos de su sangre, y nos conduce en fin á la gloria. ¡Qué razones! ¡qué motivos para que la amemos!

No se puede dudar que Jesucristo dió á la Iglesia este poder soberano, cuando dijo á los apóstoles que la representaban (1): *Todo lo que atareis ó desatareis en la tierra será atado ó desatado en el cielo*; esto es, todo lo que juzgareis, todo lo que determinareis, todo lo que mandareis en materia de doctrina y de costumbres, será confirmado y ratificado en el cielo de tal manera, que todo juicio pronunciado, ó

(1) *Matth.*, XVIII, 18.

toda orden dada por la Iglesia se debe considerar como si lo fuera por el mismo Dios.

Esta autoridad es de tal estension, que no hay poder humano que no la esté subordinado. No es que la Iglesia pretenda pasar los límites que su esposo la ha puesto, y exceder el imperio que la ha dado. Su divino Salvador la declaró positivamente que su reino no era de este mundo, haciéndola entender que no era temporal; y por eso lejos de elevarse sobre las autoridades humanas, lejos de querer debilitarlas, se ha mostrado zelosa de mantener sus derechos y la obediencia que se las debe. Sus dos mayores oráculos lo han predicado. San Pablo dijo que todos se sometían á las potestades superiores, porque están establecidas por Dios, y que el que las resiste resiste al mismo Dios, y se acarrea una justa condenación. San Pedro nos enseña que obedezcamos á nuestros superiores, tanto al rey que está encima de todos, como á los comandantes y otros enviados que se hallan revestidos de su autoridad.

Pero cuando se trata de lo espiritual, entonces todo debe rendirse y humillarse desde el monarca sobre el trono hasta el más inferior que va arrastrando por el polvo; desde el grande hasta el pequeño, y desde el sabio al ignorante, todos deben reconocer la soberanía de la Iglesia, y contenerse en la reverente sumisión que se la debe, sin excepción de lugares, clases ó circunstancias.

Este poder es de tal preeminencia, que los hombres no conocen otro que le iguale. Ningun soberano

ó potentado tiene un derecho tan estendido sobre las almas; esto es, ninguno puede obligarme á creer todo lo que él cree, á pensar todo lo que él piensa, á condenar interiormente todo lo que él condena, ni aprobar todo lo que él aprueba. Es verdad que yo debo por espíritu de obediencia conformarme de corazón, en cuanto puedo, á lo que juzgan ó mandan; pero como sé que son hombres y capaces de error, si en efecto se engañan, no me es posible pensar como piensan.

Sola la Iglesia, como es infalible, dice: creed tal cosa, y estamos obligados á creerla, y á creerla tan íntimamente y tan de corazón, que ya no podemos dudar, disputar ni dificultar lo que ella ha juzgado y definido. Si habla, el ingenio mas sublime y el mas limitado deben igualmente rendirse, y ni uno ni otro pueden examinar de nuevo su definicion. Si alguno negara á la Iglesia esta sumision, pudiera justamente tratarle de rebelde, separarle de su comunión y maldecirle, y esto es lo que ha hecho con tantos hereges indóciles, ovejas descarriadas ó perdidas, á menos que el Señor no las vuelva al aprisco. Pidámosle esta gracia; pero pidámosle sobre todo para nosotros la sencillez de la fe, y una docilidad de espíritu que nos preserve de semejantes desvarios.

Como hijos debemos tambien amar á la Iglesia nuestra madre. Un profeta decia: ¿Una madre puede olvidar al hijo que ha parido? Y yo, trastornando la proposicion sin contradecirla, añado: ¿Un hijo puede olvidar á su madre que le concibió en su seno, y á

quien debe la vida y el ser? La madre que abandonara á su hijo, y no le tratara con cariño, seria indigna de tan dulce nombre; pero el hijo que la renuncia ó la trata con indiferencia desmiente todo el caracter de la naturaleza y de la razon. ¿Y quien, si considera la conducta de la Iglesia con todos los fieles, puede dudar que nos trata con toda la atencion y los cuidados de una madre?

Desde que nacemos nos reengendra en Jesucristo por el bautismo, nos marca con el sello de Dios, que es el caracter de la fe, nos recibe en sus brazos, y se encarga de darnos la leche espiritual. En el discurso de nuestra vida se sirve de todos sus medios para instruirnos, para enseñarnos, para dirigirnos en los caminos de Dios, y para que volvamos á entrar en ellos, si por desgracia nos estraviamos. ¡Cuántos ministros diputa! ¡cuántos medios nos presenta! ¡cuántas oraciones dirige á Dios! ¡cuántas ofrendas y sacrificios multiplica! No piensa sino en socorrer nuestras necesidades, ni nos persuade sino lo solitud de los intereses eternos, que son los verdaderos. Así nos conduce en las diferentes edades de la vida, velando y trabajando por nosotros.

Pero, ¿en la muerte? En este parage tan peligroso es cuando dobla su vigilancia, muestra toda su afición materna, entonces abre todos sus tesoros, da á los sacerdotes que nos asisten todos sus poderes, no se reserva nada, y les confiere toda su jurisdiccion para perdonar y absolver. No hay mas que oirla hablar. ¿Con qué palabras y afectos se esplica en la

recomendacion que hace á Dios del alma de un moribundo? Nada hay tan vivo ni tan espresivo. Y no se contenta con esto, porque si en la muerte ama á sus hijos, tambien los ama despues de la muerte. Ellos se van, se desaparecen; pero ella no los olvida. Quiere que sus cuerpos reposen en tierra santa, que sus huesos se conserven con la decencia conveniente, y se interesa todavía mas por sus almas. Teme que aunque fieles pueden ser deudoras á Dios, y sufrir un fuego que las purifique hasta que satisfagan á la justicia del Señor; por eso las ayuda con oraciones, con sufragios y sacrificios, y sin intermision ruega, solicita y trabaja afanada.

¡Qué amor de nuestra parte puede corresponder á tanto amor! Supongamos un hijo bien inclinado, que conoce el zelo y los afanes infinitos de una madre á quien lo debe todo, ¡qué amor! ¡qué ternura sentirá su corazon! ¿Habrà señal de afecto que no la dé? ¿habrá honor que no la ceda? ¿habrá respeto que no la rinda? Pues si nosotros amamos á la Iglesia ve aquí el modelo que debemos seguir, y ve aquí como debemos agradecer los bienes que nos ha hecho y nos hace todos los dias. Debemos unirnos con ella indisolublemente, con el mismo espíritu que David con Jerusalem, que no era mas que su figura, y la diremos con mayor razon (1): «Antes que yo te olvide, que olvide mi mano derecha; antes que pierda memoria tan dulce, que es la alegría de mi

(1) *Psalm. cxxxvi*, v. 5.

» corazon, que se seque mi lengua, y quede pegada al paladar». No hay respeto ni hay consideracion humana que pueda embarazar este sentimiento, porque nada debe en nuestra estimacion compararse con la Iglesia, como que estamos unidos íntimamente con ella, y que sus intereses son los nuestros.

Así nuestra primera obligacion es sostenerla y apoyarla. Ya hemos dicho que la Iglesia es un cuerpo místico y moral, que Jesucristo es su cabeza, y que nosotros somos sus miembros. San Pablo nos lo repite muchas veces, y particularmente en su epistola á los de Éfeso; hablando de Jesucristo, les dice (1): «Dios ha puesto todas las cosas á sus pies; le estableció jefe de su Iglesia, la cual es su cuerpo, le representa entero, y tiene en todo su perfeccion». Como si el gran apóstol dijera: Hermanos, todos juntos hacemos un cuerpo con Jesucristo. La congregacion de los fieles unidos á Jesucristo por la fe es el cuerpo de la Iglesia; pero estos mismos fieles separados, y considerando á cada uno en particular, son sus miembros. Cuando los miembros crecen y se fortifican, el cuerpo tambien se fortifica y crece; y por eso Jesucristo en calidad de nuestro jefe recibe mas perfeccion, á medida que el cuerpo por la union de los miembros se fortifica y perfecciona.

Este titulo de miembros de la Iglesia es uno de los mas gloriosos que podemos presentar á Dios, pues como tales lo somos tambien de Jesucristo. Cuando la

(1) *Ad Ephes.*, 1, 22 y 23.

Iglesia por el bautismo nos agregó á su cuerpo , nos hizo contraer con su gefe una alianza tan estrecha como inmediata. Desde que somos miembros de la Iglesia , ya no somos estrangeros ni estraños , sino domésticos de la fe. Ya somos pueblo escogido , y de la ciudad de los santos ; piedras vivas del edificio nuevo , fabricado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas , en que el mismo Jesucristo es la piedra angular. Participamos de todas las gracias que la comunica sin medida su divino gefe , porque ella es la depositaria de las fuentes sagradas en que el Salvador derramó las aguas de la vida. Es la que distribuye el precio infinito de su sangre preciosa , y le derrama sobre sus miembros con una efusion continua. Esto muestra el grande interes que tenemos todos de que subsista , y quanto nos importa trabajar por su conservacion y aumento.

Yo sé que sin nosotros la Iglesia subsistirá hasta el fin de los siglos , y que , segun la prometió Jesucristo , jamas el infierno podrá prevalecer contra ella ; pero este cuerpo que los hombres no podrán destruir puede , por la mala disposicion de los miembros que le componen , tener sus pérdidas y sus alteraciones , ya porque algunos de sus hijos desertan , ya porque se debilita la caridad de muchos , y ve aquí lo que debe encender nuestro zelo.

Así lo hicieron los apóstoles , cuando , con riesgo de la vida , y á precio de su sangre empezaron á formar la Iglesia , y á estenderla por todo el mundo , y así lo hacen hoy tantos varones ilustres que se consumen

con el trabajo y vigiliass por defenderla , tantos dignos ministros que en los púlpitos , en los confesonarios , en las conferencias públicas y particulares , consagran su afan y sus talentos para edificar la Iglesia ; tantos hombres apostólicos que pasan los mares para predicar el evangelio á los idólatras y á los bárbaros. Y no hay Cristiano que no deba tener á proporcion el mismo zelo ; pues , como dijo Tertuliano , cada Cristiano es un soldado que , cuando es menester , debe combatir por ella.

Como en el cuerpo humano , decia San Pablo (1) , cada miembro contribuye á la buena constitucion del cuerpo , y todos se ayudan unos á otros , así en el cuerpo de la Iglesia todos debemos con una santa uniformidad unirnos de manera que no permitamos que se haga ninguna ofensa , y que nos pongamos como una muralla impenetrable á los golpes que la tiran el error y la incredulidad. Este deber es comun y general , pero debe proporcionarse á los medios de cada uno.

Si no sostenemos la Iglesia con el ministerio de la palabra , porque no tenemos ni el don ni la vocacion para este difícil ejercicio , sostengámosla con la purez de las costumbres , y probemos la verdad de la fe con la santidad de nuestras obras. Si no hay penetracion en nuestras luces , ni estension en nuestros conocimientos , sostengámosla con la docilidad de nuestra sumision , y con una firmeza imperturbable

(1) *Ad Roman.* , xii , 4 y 5.

que jamas se separe ni de sus decisiones ni de sus preceptos. Si no podemos defenderla contra los tiranos, sostengámosla contra los artificios de la heregía, contra los insultos de la licencia, contra los ataques de la incredulidad; y no suframos que nadie, ni de ningun modo la ataque en nuestra presencia, sin manifestar del modo que nos sea posible nuestra desaprobacion. Esto es lo menos que la debemos, esto es lo que hemos prometido en el bautismo, y esto es lo que vos debeis prometerla ahora nuevamente.

Ya veis, señor, lo que es la Iglesia, ya escuchais lo que exige de vos. Ahora pues consultad vuestro corazon, examinad si os manteneis en la disposicion del otra dia, y esplicadme si me ratificais las promesas que me hicisteis entonces. Decidme pues si renovais de corazon vuestro bautismo, si renunciáis de nuevo al demonio, á la carne y las pompas del mundo; si pedis á la Iglesia que os admita en su santa sociedad, protestándola vivir y morir en su comunión, creyendo cuanto enseña, obedeciendo cuanto manda, y suplicándola os reciba como su vasallo, su hijo y miembro de su cuerpo místico. ¿Lo haceis así, señor?

Yo le respondí con los ojos llenos de lágrimas, y mas con la accion que con las palabras, si padre. Vuestra voz ha llegado hasta el cielo, me dijo con un tono inflamado, los ángeles se han alegrado, y Dios la ha recibido en su seno: prostrémonos ahora en su presencia, y haced la protestacion de la fe. Yo dije

con el corazon enternecido, y con la voz balbuciente el *Credo*, el *Padre nuestro* y el *Ave Maria*; y cuando acabé de decir mis oraciones, el padre, como si se sintiera inspirado de un espíritu divino, con voz sonora, y con un tono que mostraba toda la fe y el ardor de su corazon, echó la bendicion sobre mí, y me dijo:

Yo, ministro de la Iglesia, aunque indigno, legítimamente autorizado, yo que en este momento la represento imitando el espíritu de su divino esposo, Dios de misericordia, que está siempre pronto á recibir al pecador arrepentido que se acoge á su seno, yo recibo en su nombre vuestras promesas; yo os admito en su santa sociedad, yo os declaro de su comunión, yo os abro las puertas de su misericordia. Desde este instante ya participais de sus oraciones, y de todos los frutos espirituales de sus sacrificios y buenas obras. Ella os admitirá á todos sus sacramentos, os recibirá á penitencia cuando vengais á confesarla vuestros pecados, os dará lugar á su tiempo en la mesa del Señor, y ahora le pido con ella que cultive en vuestro corazon las santas disposiciones que os ha inspirado, y os haga la gracia de vivir y morir en su seno.

Despues que me dijo estas palabras con tal unción y eficacia que me llenaron de un terror religioso, se volvió á mí, y con espresion dulce y magestuosa me añadió: ya estais, señor, en el gremio de los Cristianos, ya sois de la nacion santa, y, espero, del número de los escogidos. Ya tambien sois mi hermano en Jesucristo, ya somos hijos del mismo padre; yo le

hendigo por tantas misericordias. Permitidme que para sellar esta celeste union yo, aunque indigno, pueda daros el ósculo fraterno de la caridad cristiana; y el venerable pastor, enlazándose entre mis brazos, imprime sus puros e inocentes labios sobre mis mejillas, que estaban anegadas en mi llanto. ¿Cómo podré explicarte, Teodoro, la impresion que me produjo esta accion inesperada? El corazon me palpitaba y daba latidos impetuosos, y toda mi sangre se encendió en un fuego divino que me corria por las venas.

¡Qué diferencia, amigo, de este ósculo santo de la virtud á los únicos que yo conocia, á los ósculos profanos y carnales del vicio! ¡O cuán brutales y groseros me parecian los otros entonces! Jamas habia sentido sensaciones tan dulces ni halagos tan deliciosos. Esta fue la primera vez que comencé á entrever que habia delicias castas muy superiores á las que habian sido toda la ocupacion de mi vida. Cuando consideraba que un hombre santo, querido de Dios y agradable á sus ojos, habia tocado mi carne impura con labios que no se ocupaban mas que en las alabanzas del cielo y en los ejercicios de la virtud; que un varon puro, templo vivo de Dios, que quizas no habria profanado jamas su boca con un contacto profano, se dignaba, impelido por la caridad, de dar el ósculo á un monstruo de abominacion, me hallaba tan humillado como complacido, y sentia en mi alma un rasgo de la dulzura celestial que se derrama en un corazon penitente, cuando empieza á desterrar las angustias duras y las congojas tur-

bulentas de los remordimientos. ¿Será posible, le dije yo, apretando con mis labios su santa mano, que el Dios de bondad se apiade de mí, y quiera restablecerme en la generacion de los que le buscan y que le gozarán eternamente?

No lo dudeis, señor; y lo primero que debemos hacer es darle gracias por tan inmenso beneficio. Considerad que este es el dia mas precioso de vuestra vida; este es el primer paso que dais en el camino del cielo; y sacando un papel me le dió, diciéndome: Ved aquí una oracion que os suplico la digais todas las mañanas por espacio de ocho dias, y que ahora por la primera vez diréis conmigo. Nos pusimos de rodillas; el padre la rezaba, yo le seguia repitiendo lo que habia dicho; y la oracion era en estos términos:

» ¡Dios omnipotente y eterno! ¡Dios trino y uno! ¡Dios misericordioso! yo la mas indigna de tus criaturas te doy de lo íntimo de mi corazon humildes gracias por los muchos beneficios que te debo, y en especial por el que me dispensas este dia. Tú me hiciste nacer en el seno de tu Iglesia, yo por mi corrupcion apostaté y me separé de esta santa madre, que es la única que te adora como tú quieres ser adorado. Tú por una bondad tan rara como no merecida me has llamado de nuevo, y me permites volver á tu santa sociedad.

» Tú me admites en el número de tus hijos. Tú te dignas alimentarme con la doctrina de tu Iglesia, de esta Iglesia que Jesucristo, tu Hijo unigénito y su cabeza invisible, cimentó con su sangre; de esta Igle-

sia que confió á San Pedro y á sus sucesores para que ocupasen su lugar, de esta Iglesia católica, apostólica y romana, que es la única Iglesia verdadera, la inespugnable columna de la verdad, y que sostiene tu mano protectora.

» ¡Dios de misericordia! yo te imploro para que me inspires una tierna y religiosa veneracion á esta santa madre, un afectuoso interes á todo lo que la pertenece, y un zelo vivo de su honor, estension y pureza. Haz por tu bondad que yo me glorie siempre de contarme entre sus hijos, y que, aunque sea el mas indigno de todos, cuanto ella nos ordena me sea siempre sagrado, venerable y precioso.

» Concédeme la gracia de que sin perder nada de la humildad y desprecio que debo tener de mí mismo, todo lo que la ofenda á ella lastime tambien mi corazon, que en todas sus aflicciones y dolores no padezca nada que no lo padezca yo con ella, que esta confesion que hago en tu divina presencia borre los delitos de mi infidelidad. Yo quisiera hacerla en la de todo el universo para reparar con mi arrepentimiento público el escándalo de mi apostasia. Te prometo no ocultar á ninguno de los que puedan observarme esta feliz mudanza de mi corazon. ¡Qué consuelo para mí si pueden ver en mis humillaciones la amargura de mi dolor y la grandeza de tus misericordias!

» Tambien te pido un espíritu de docilidad para creer y someterme á todas las decisiones de tu Iglesia. Tú nos has dicho que en todos tiempos tendrá ene-

migos

migos y perseguidores, que siempre habrá incrédulos; yo soy por mi desgracia una prueba patente de esta verdad.

» Pero, ¡Dios mio! haced que en adelante mi corazon esté con ella en todos sus peligros, que en todas mis dudas sea mi único oráculo, que una sumision rendida tranquilice las inquietudes naturales de mi orgullo, que mi fe crezca y se haga todos los dias mas segura, que enmedio de las tempestades que puede excitar mi amor propio ó la iniquidad de mi corazon, yo me arroje en la barca de San Pedro, que puede fluctuar, pero nunca jamas naufragar.

» No ignoro, Señor, que un espíritu dócil y sometido es el primer caracter de tus escogidos, que ninguno puede darnos esperanzas mejor fundadas. ¡Dios mio! aunque no lo merezco, dame siquiera este divino don, y no permitas que le pierda jamas. Mi ánimo es empezar á servirte, sujetarme á tu ley, rescatar mis iniquidades; y mi confianza nacerá de tu piedad, porque me has vuelto á poner en tu Iglesia. Yo sé que fuera de ella no hay salud, pues tú mismo nos lo dijiste en tu evangelio, cuando nos mandaste mirar como gentil al que no la escucha con afecto filial y reverente. Yo sé que no reconoces como oveja tuya, ni eres el pastor del que no está en tu aprisco, que es tu Iglesia.

» Yo, Señor, confieso como el profeta tu santo nombre; pero quiero confesarle en tu Iglesia. Yo quiero publicar tus grandezas y celebrar tus alabanzas, pero las quiero celebrar en tu Iglesia. Yo quiero

TOM. II.

25

anunciar tu palabra y sus divinas verdades, pero las quiero anunciar en tu Iglesia. Tu Iglesia es la montaña santa de donde debía salir la ley, el templo augusto en que deben juntarse todos los pueblos de la tierra para presentarte su incienso y dirigirte sus votos, el santuario en que quieres recibir el único culto que te agrada, presentado por Jesucristo, nuestro pontífice supremo, y en fin la cátedra en que nos enseñas tus caminos por el órgano de los ministros de tu evangelio.

» Repito con uno de tus apóstoles que cualquiera otra sociedad de culto es sinagoga del demonio, y que toda otra cátedra lo es de pestilencia. Dichoso yo, si con una vida conforme á los santos documentos de esta Iglesia en que te dignas de volverme á admitir, obtengo por tu misericordia el título de tu hijo, y la gloria de tus escogidos. Amen ».

Cuando acabamos esta oracion me hizo sentar otra vez á su lado en el mismo banco, y me volvió á decir: Ahora me sigo yo á dar gracias á Dios por tantos beneficios; ahora debo adorar y alabar sus misericordias, pues veo que este buen padre las derrama sobre vos á manos llenas. ¿Quién puede dejar de descubrir este secreto de su predestinacion? Pues es visible que os ha traído aquí porque os ama, y quiere haceros suyo. Con este motivo me dijo cosas tan tiernas y tan propias para inspirarme confianza, que se me derretia el corazon, y ya no me fue posible resistir á la cordialidad de sus afectos.

Este discreto padre no me habia mostrado hasta allí

la menor curiosidad, ni me habia mostrado el mas leve deseo de saber mi nombre, mi calidad y circunstancias, y yo mismo habia puesto una especie de tenacidad en no decirle nada; pero en aquel momento, vencido de la dulzura de sus espresiones, abrí todas las puertas de la confianza, arrojándome á sus pies otra vez, y mojando con mis lágrimas sus manos que tenia enlazadas con las mias: Angel de Dios, le dije, yo soy un monstruo, y lo soy desde mi niñez.

Vos estais viendo al mayor, al mas horrible de los delincuentes, al mas inicuo y depravado de los hombres; toda mi vida he sido esclavo de las pasiones mas infames. El vicio no ha dejado en mis entrañas nada que no esté infecto. No, no soy yo capaz de enmienda, y no es posible que entre la virtud en un corazon en que tan largo tiempo solo han dominado los vicios.

Diciendo estas palabras, los sollozos me sofocaban la voz, mi cabeza se reclinó sobre el pecho de mi celestial amigo. ¡Ay, Teodoro! ¡qué dulce conmocion sintió mi alma, cuando me hallé por otra vez afectuosamente abrazado por aquel hombre justo, cuyas lágrimas inocentes inundaban mis mejillas! Los dos nos quedamos largo tiempo en esta postura, guardando un silencio que decia mucho. ¡O Dios mio! ¡Dios de bondad! ¿cómo te complacias en esta muda y patética escena, en que la ardiente caridad de tu ministro y la compuncion de tu siervo hacian brillar tus misericordias?

El padre rompió esta inmovilidad, pidiéndome que